

franciscano y postura dulcemente persuasiva. Hubiera sido desde luego el modo mejor de alargar la vida de un mundo por el que, a lo que sabemos, nunca mostraron radical enemistad.

Los ilustres profesores piden democracia, libertad, igualdad plena. Nosotros también. Sólo que sabemos que esas cosas excelentes sólo pueden llegar cuando se rompe una realidad económica que, base y sostén de la desigualdad, se interpone tercamente entre el querer generoso y la posibilidad de realizarlo. Y no debían olvidar los insignes maestros que fue esa economía anti-igualitaria, anti-humana, la que tomó las armas y agredió sin escrúpulos a los que, demasiado ingenuos y demasiado limpios, pretendieron su ruina sin violencia. Negar que el Fente Popular quiso la democracia es mala intención. Hubiera sido muy grato sin duda que el arrastre histórico no levantara frente al poder popular una fuerza declaradamente fachista. Nosotros también quisiéramos, como el señor Madariaga, que el fachismo no existiera sobre la tierra. El autor de *Ingléses, franceses y españoles* no quiere que exista tampoco el socialismo. El preferiría que la crítica científica no hubiera descubierto jamás que las diferencias económicas son las responsables de las diferencias que él dice lamentar, él quisiera intactas las organizaciones monopolizadoras que impiden la democracia cuyo triunfo milagroso quiere el señor Madariaga. Claro que ya sabemos que el señor Madariaga dirá que él no quiere el monopolio, ni el mando del latifundio, ni las

depredaciones del capital financiero. Un hombre de sus campanillas internacionales no puede querer esas cosas, por lo menos no puede decir que las quiere. Pero sí las quiere. Porque cómo han de recortarse esos tentáculos poderosos,—¿cuándo se han recortado?—si no aparece el bisturí socialista, si no se pára la voracidad de esa libre actividad que ansía el señor Madariaga?

Por gran suerte el pueblo sabe más que los sabios que sólo saben su ciencia. Y los que empuñan en los frentes españoles el fusil y la ametralladora se tienen bien metido en las cabezas tejudas y heroicas que dejar intocadas,—por horror al socialismo,—las bases económicas de España es lo mismo que disparar con pólvora sola. Y ya tienen olvidado que de la otra banda,—de la banda en que están, aunque lo nieguen, Madariaga y Marañón,—no olvidan nunca la buena carga de plomo que aportan y bendicen los obispos piadosos.

Los que hacé algunos años oíamos en La Habana, respetuoso y admirativo, la palabra ilustre de los señores Madariaga y Marañón, los teníamos por defensores auténticos de la cultura, es decir, de la vida plenamente realizada. No sabíamos entonces que la cultura es una palabra cuando no lleva en su mejor raíz el ímpetu de servicio humano que es su justificación, el ánimo política que pide entendimiento profundo del hombre y el ademán revolucionario que asegura su mejor oficio.

Caminos de Don Quijote

Por ERMILO ABREU GOMEZ

= De *El Nacional*, México, D. F., 20, junio, 1937 =

La novela caballerescas que floreció en Francia durante los siglos XII y XIII influyó no sólo en la creación del género en otros países de Europa, sino también en el espíritu de la poesía de entorques. Las novelas producidas en el siglo XII—escritas mayormente en verso—y las del siglo XIII—casi todas redactadas en prosa—mejor que oponerse se completan y explican. Casi podría decirse que ensamblan en un todo orgánico. Corresponden a la actitud de dos clases sociales en acción: la guerrera y la aristocrática del feudalismo. Las primeras, de tipo heroico, reflejan impulsos crueles y reciaura de costumbres. Las segundas, de índole erótica, son recatadas en el decir y en el imaginar. Los personajes que inventan se conducen, dentro de su ambiente, con más cortesía que fiereza, con más habilidad que energía. Los relatos del siglo XII, los crea, con atropello febril, el guerrero. El militar, ariscado en los campos de batalla, tiene miedo de limar su historia. Si la dice en verso es porque así es más fácil referirla al auditorio que se congrega cerca de su tienda. Su condición le exige la rudeza de los términos con que refiere la historia de su batallar. Bajo los árboles el paladín escucha el relato de sus correrías. El senado que le acompaña, aplaude o gruñe. Los del siglo XIII los dispone, con criterio artístico, el caballero; es decir el mismo férreo hombre, establecido ya en un castillo. Gusta éste de leer o de oír, alterados por la poesía, los capítulos en los que él o sus abuelos, han tomado parte. Se han instituido ya las órdenes de la caballería y se determinan las ceremonias, para la consagración de los paladines. Es así como se cambia has-

ta el tipo del acto bélico: en el guerrero es hazaña, en tanto que en el caballero es aventura. La hazaña supone una validez constante de la pasión heroica; mientras la aventura está como al acecho del momento propicio para ejercitar su virtud. Al lado del elemento erótico que modela la vida del caballero, que le hace interrumpir el ímpetu de su corcel, se presenta una alteración de los elementos que concurren en la lucha. En la novela guerrera chocan y se hieren las huestes enemigas. En la aristocrática las luchas son personales; las cuestiones de la honra se dirimen en un torneo o en el palenque de un encuentro. También se altera, como observa Menéndez Pidal, la esencia de la venganza. El guerrero practica la hórrida venganza venida por el camino de los antepasados o exigida por la sombra de un fantasma. El caballero sólo trata de la hermosa venganza que se traduce, a veces, en perdón o en castigo digno del estrado de una dama. El personaje capaz de hazañas, vive en el mundo de una realidad objetiva; el de aventuras en la idealidad de esa realidad. Se desplaza y se duplica. La novela de aventuras tuvo en España un florecimiento tardío que se inicia en el siglo XV y se prolonga en el XVII. Adquieren entonces las aventuras caballerescas una resonancia que se acomoda con la realidad de la aventura que practica el español. Hay identidad entre las aventuras que lee y la que contempla su espíritu. Es la hora de Cervantes. Es la hora en que la invención de Don Quijote, está realizada por los impulsos de la vida y de la literatura. Estos son los antepasados de Don Quijote. Si a veces se recuerda que no existe

consorcio entre la novela de caballerías y el genio español se debe a la especie de realidad que éste prefiere, no a su falta de aliento, ni a su incapacidad para gustar del ideal. Quiere el español no un ideal cualquiera, sino un ideal posible, suyo: el ideal de su realidad. Prefiere soñar una realidad real que vivir una idealidad ficticia. Es un mandato de su destino o de su raza. En todo caso en Don Quijote está presente—en la vigilia o en el sueño—un hombre ideal preñado de realidad.

SIEMPRE HA SIDO LO MISMO

En España lo mejor es el pueblo. Por eso la heroica y abnegada defensa de Madrid, que ha asombrado al mundo, a mí me conmueve, pero no me sorprende. Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos—nuestros barinas—invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre y la salva. En España, no hay modo de ser persona bien nacida sin amar al pueblo. La demofilia es entre nosotros un deber elementalísimo de gratitud.

Como maestra de cristianismo, el alma rusa, que ha sabido captar lo específicamente cristiano—el sentido fraterno del amor, emancipado de los vínculos de la sangre—encontrará un eco profundo en el alma española, no en la calderoniana, barroca y eclesiástica, sino en la cervantina, la de nuestro generoso hidalgo Don Quijote, que es, a mi juicio, la genuinamente popular, nada católica, en el sentido sectario de la palabra, sino humana y universalmente cristiana.

(De Antonio Machado, en el No. IV de *Hora de España*. Valencia, Abril 1937).

LO QUE SARMIENTO NO QUERIA

Lo que Sarmiento no quería es que, a propósito de educación, se planteara un conflicto religioso y se hiciera prácticamente imposible la concurrencia a la escuela de niños cuyos padres profesan otros cultos o ninguno. El principio democrático, que alienta en nuestra instituciones, sufrirá un mentís rotundo con el privilegio acordado a determinada religión a costa de las demás. En país abierto a todas las razas y credos sería una política suicida.

En ningún momento preconizó la escuela atea sino la escuela laica o neutral, lo cual no es lo mismo, aunque se alegue que tanto monta una como otra. La escuela atea combate a todas las religiones. La escuela laica las respeta y las coloca sobre un pie de rigurosa igualdad. Los padres deseosos de suministrar educación religiosa a sus hijos pueden hacerlo en las escuelas particulares o en su casa. En el último caso encontrarán que el sentimiento religioso del niño no ha sufrido lesión. Luego se agrega la influencia moldeadora del medio familiar y social y las conquistas de la propia experiencia, de tal suerte que es dable observar en la vida cotidiana el ejemplo de niños educados en escuelas laicas que son religiosos hasta el fanatismo y, recíprocamente, el de niños que cursaron estudios en escuelas profesionales y proclaman, como energúmenos, los postulados más avanzados del liberalismo.

(De Alberto Palcos, en su libro *Sarmiento*).